

LO QUE EL VIENTO NO TRAJÓ

José Felipe Coria

Cuando una película mexicana no funciona en cartelera, el productor o el director o el distribuidor aseguran que se debe a que ese mismo día se estrenó tal o cual película estadounidense. Este ha sido un reclamo hasta cierto punto natural: al comenzar nuestra industria en los años treinta, el 76 por ciento de los estrenos de ese decenio provinieron de Estados Unidos, llevándose el primer lugar en nuestra cartelera.

El segundo, claro está, lo ocupó México, pero con apenas un 6.5 por ciento. En número exacto de películas, contra las 199 mexicanas, hubo 2 mil 388 estadounidenses. A pesar de que los dos decenios siguientes fueron de gran auge para México (años en los que se consolidó la industria; el tiempo dorado de nuestro cine con sus mitos, estrellas, actores y directores insuperables) y de que incrementó su producción a niveles mucho más competitivos, le fue imposible superar al cine de Estados Unidos, incluso cuando este decreció en nuestra cartelera en forma sustancial.

La década más crítica para el cine mexicano, la que va de 1960 a 1969, significó un considerable avance en la cartelera, ocupando de nuevo el segundo lugar, con 20 por ciento de material exhibido, pero ya contra casi 32 por ciento de productos hollywoodenses. En los años setentas, que fueron oficialmente declarados los del novísimo cine mexicano, la producción y la exhibición disminuyeron en forma alarmante: de las 5 mil 18 películas estrenadas en esa década, apenas 699 fueron mexicanas y mil 255 fueron estadounidenses.

Los años ochentas han significado lo peor de lo peor en todos los niveles cinematográficos: de la producción a la exhibición, nadie se salvó de la crisis. Así que les fue igual al cine más dominante del mundo que al nuestro; con la disminución de la producción nacional vino el crepúsculo del dominio hollywoodense.

A la larga, ha resultado ser un "borrego" que sueltan ciertos cineastas y productores decir que a una película mexicana le va mal en cartelera por determinado estreno estadounidense. También es una falacia total asegurar que México es una colonia cinematográfica; no vemos todo lo que se produce en Estados Unidos y ya no nos llega con tanta rapidez como en el pasado. Baste decir que en Centro o Sudamérica se ven antes que en México películas que muchas veces aquí ni llegan.

Esto se ejemplifica con cinco directores cuya filmografía completa se ha visto en casi todo el mundo, pero no en nuestras pantallas. Se trata de Francis Ford Coppola, Woody Allen, Brian de Palma, Jonathan Demme y Martin Scorsese. Con una cadena de éxitos al hilo, de Coppola nunca se estrenaron en nuestro país *The outsiders* (1983), a pesar de que conformaba con *La ley de la calle* (1983) un díptico juvenil, y de que esta última fue una película de culto que sobrevivió con bastante buena salud cuando se estrenó aquí. Otra de Coppola que nunca llegó fue *One from the heart* (1982), su cinta más estilizada y surreal, que acaso asustó a los distribuidores tras el estrepitoso fracaso de taquilla en Estados Unidos. Sin embargo, otras películas que también fracasaron, como algunas de Michael Cimino, puntualmente las hemos visto.

Un reclamo que le hacen a Woody Allen sus distribuidores es que es muy neo-yorkino e intelectual. No quieren ver, en cambio, que las películas de Allen, aunque no son tan populares como las de Sylvester Stallone, jamás han perdido un centavo de su inversión a la hora de exhibirse: son un gran éxito, y mundial además. Aquí, tal vez por la coyuntura que se presenta cada año, la Muestra Internacional de Cine, en muchas de sus ediciones ha incluido una película de Allen, la más reciente para ese entonces. Así, pues, se piensa que este importante director antihollywoodense es para consumo restringido, y con pasarlo en la Muestra se cumple el trámite de exhibir un tipo de cine que incomoda a los distribuidores, porque, sin sustento real, creen que es difícil. Esta dificultad obligó a que *La otra mujer* (1988) sólo se exhibiera en la Muestra de ese año y jamás volviera a circular entre nosotros. Lo irónico del asunto es que una película menor, ajena a las preocupaciones de Allen, *Escenas en un centro comercial* (1991, Paul Mazursky), donde nada más actúa (algo raro en un director tan personal, con un proyecto tan definido), resultara un considerable éxito en nuestra cartelera.

Brian de Palma, que es garantía de taquillazo y buen cine a la vez, con varios clásicos contemporáneos en la bolsa y enormemente popular, presenta para nosotros una filmografía incompleta. Después del éxito contundente de *Carde* (1976), realizó un par de películas medianamente afortunadas: *Obsesión* (1976) y *La furia* (1978), que sí vimos. Pero su siguiente *Home movies* (1979) jamás llegó. *Wise guys* (1986) con Danny de Vito y Harvey Keitel, comedia negra que fue mal recibida en Estados Unidos, tampoco llegó. Tal vez el argumento de algún distribuidor sería la posible mala calidad de estas cintas. Esto no ha impedido que se vean auténticos churros como *El mundo según Wayne*, producto de estricto consumo doméstico, sólo para Estados Unidos, donde se ha exhibido con escasa fortuna y mucha publicidad. ¿Por qué apostarle a un cine fallido y no explorar las posibilidades del auténtico cine que muchas veces funciona mejor fuera de Estados Unidos, como ha sido el caso de dos cintas que aterrizaron a algunos distribuidores que las consideraron demasiado intelectuales: *Henry y June* y *La insoportable levedad del ser*, ambas de Philip Kaufman?

Ahora todo el mundo tiene entre sus ídolos a Jonathan Demme por *El silencio de los inocentes* (1991) la primera película de un género, el *thriller*, jamás reconocido por la Academia, que gana el prestigioso Oscar. En México pocos saben que su carrera se inició allá por 1971 y que tiene en su haber, ni más ni menos, que 11 largometrajes anteriores a su celebrada obra maestra, de los cuales aquí sólo dos se han visto en el cine y dos

más por televisión. En total, de toda su filmografía, siete son prácticamente inéditos para el espectador mexicano.

Finalmente, Martin Scorsese es un director que ha dado mucho de qué hablar. Pero de su prodigiosa filmografía, dos películas nos son totalmente ajenas: *The king of comedy* (1983) y *The last temptation of Christ* (1988). La primera, con Jerry Lewis y Robert de Niro, ¿por qué no se estrenó? Misterio. La segunda, tiene toda una historia que merece ser contada en otra entrega.

Si a esto le agregamos que de los nuevos valores como Jim Jarmusch, Spi-ke Lee y otros, apenas conocemos una de sus películas, cuando ya van cerca de su primera docena de títulos, el panorama resulta desolador. Y si, ítem más, recordando otros cineastas descubrimos que, por ejemplo, de los muy populares Peter Weir y David Cronenberg no hemos visto, respectivamente, del primero *The Mosquito Coast* (1988) y del segundo *Dead Ringers* (1988), y a todo esto se le van sumando títulos y títulos de otros muchos directores que abarcan todo el espectro de Robert Altman y John Wa-ters, queda claro que nos han engañado: que no hemos visto el mejor o más significativo cine estadounidense, que lo que sí hemos visto es el simple producto comercial (en su inmensa mayoría), que como espectadores no se nos ha dado mucho de dónde escoger, que se nos ha impuesto una política de exhibición totalmente contraria a las corrientes más importantes del cine contemporáneo (porque otra historia que merece ser contada es la escasez que hemos padecido en nuestra cartelera por decenios enteros de lo mejor del cine europeo, africano y oriental), que tal vez muchos distribuidores piensan en el espectador como simple comepalomitas, que esto seguirá con más intensidad ahora que ya cerraron poco más de la mitad de los cines del país, y que sólo nos queda resignarnos.

Muchas de las películas citadas se han podido ver gracias al video, ya sea el legal o el pirata. Para este recuento la única base ha sido la exhibición en cines comerciales. El video ahora puede salvar muchos huecos para el especialista o el simple aficionado, pero dado que originalmente todas las películas de todos los cineastas citados fueron concebidas como cine, su pase a video no vale. Tampoco la posible exhibición un día en algún cine-club, aunque por una circunstancia similar se consideró estreno *Una mujer en París* (1923), de Charles Chaplin, cuando aquí se exhibió un solo día poco más de 60 años después de producida.